

Prólogo

José Andrés-Gallego

Catedrático de Universidad. Historia Contemporánea

A nadie extrañará que diga que antes de prologar el libro que se abre con estas páginas, he leído el “manuscrito” original. Hoy, la expresión “manuscrito”, que señala la mano como principal instrumento, se hace realidad de manera muy diferente a como lo era antaño; pero no estoy seguro de que haya cambiado algo en los últimos dos milenios y medio, que fue cuando Aristóteles escribió su canto a la mano humana. Sea como fuere, he disfrutado enormemente. Se trata de una completa revisión de la historia del urbanismo; no es tan solo una síntesis. El siglo XIX y la primera mitad del XX fueron fértiles en propuestas que ofrecían claves para entender de la manera más sencilla la formación de esa realidad que es “la ciudad” y, en general, esas hipótesis suponían estereotipos, presunciones que solían basarse en alguna de las diversas ideologías políticas que triunfaban en esa época en los círculos académicos. Eso tuvo un efecto capital, sumamente importante, que fue el de plantear el problema que pretendían resolver; implicaba anteponer, a la investigación, una hipótesis que, a veces, no era tal, y eso porque la ideología escogida era una de las denominadas “de la sospecha”. Marx con la idea de que el hombre es un epifenómeno de la naturaleza, Nietzsche con la presunción de que

todo es fruto de la subjetividad como absoluto (llevado al punto de afirmar que la primera creación de la subjetividad es el “yo”, o sea lo que otros llamamos persona con capacidad de ser consciente de sí mismo), Freud con la libido y Foucault con su intento de reunir todo eso –lo de los tres maestros– en una sola reflexión basada en la sospecha, todo eso, digo, implicó avances estimables en el saber, pero, tanto o más, retrocesos. Aplicado al urbanismo, lo más sencillo era concluir que esos epifenómenos que somos nos llevan a vivir allí donde podemos cambiar de la manera más rentable lo que logramos producir por lo que no solo satisface nuestras necesidades, sino también nuestros deseos. Y, así, se han formado las ciudades en la historia.

Lo malo no es investigar a partir de una hipótesis. Todos partimos de una hipótesis a la hora de actuar, por lo menos en casos en que se nos da tiempo para reflexionar sobre los datos que nos brinda la realidad. Pero hay hipótesis formadas a partir de una ideología que conllevaba la conclusión en sí misma. Eso, por una parte. Por otra, nuestra reflexión puede llegar más lejos cuanto mayor es nuestra capacidad de admirarnos ante lo real que percibimos. Dejarse sorprender por la realidad es lo que nos permite descubrir en ella más “cosas” que no habíamos previsto. Y una de las mejores decisiones que podemos tomar con vistas a esto último es estar en el sitio donde ocurre u ocurrió lo que es objeto de nuestro estudio. El historiador y el geógrafo (y muchos más “expertos” en algún saber, si es que no todos) tienen que leer el paisaje como leen los textos escritos.

Pues bien, el lector de este libro –por lo menos, este lector que lo presenta– percibe que está escrito a partir de ese método u otro que se le debe parecer mucho. Ha leído gran parte del inmenso océano que forma la bibliografía sobre el urbanismo y su historia; no ha olvidado, claro es, la cartografía; pero, además, ha ido –físicamente– a muchos de los lugares en que estuvo o está asentada

cada una de las ciudades de las que habla y, en cada una de ellas, ha “leído” lo que esa realidad concreta le ha dicho.

Para esto último –que tiene que ver con la capacidad de sorprenderse ante lo real– uno va con una multitud de preguntas –conscientes e inconscientes– que dependen de lo que uno “sabe” ya. Y, en este caso, Vicente Bielza juega con una gran ventaja, y es que, antes de licenciarse y doctorarse en la sección de Geografía de la carrera de Filosofía y Letras, estudió Matemáticas y fue el entusiasmo ante la teoría de conjuntos lo que le llevó a adentrarse en la filosofía. Empezó la carrera de Filosofía y Letras, como era preceptivo para todo lo que hoy llamamos “Humanidades” y llegó a la conclusión de que, en la Geografía, era donde podía conjugar los diversos saberes en que se había adentrado. Al fin y al cabo, no se trataba de ceñirse a los conocimientos que se supone hay detrás de todo título administrativo, sino de comprender el mundo en que vivía. Y el mundo en que vivía era, está claro, sedentario, dependía y manipulaba un territorio.

Si ahora añadimos que esa actitud le ha llevado a más de medio mundo y que, además, han sido sesenta años los que ha durado esa itinerancia, podemos entender por qué este libro no es una aportación más a la historia del urbanismo, sino un compendio de una vida de ver de esa manera las ciudades.

El caso es que las ciudades le han mostrado que, frecuentemente, en su origen, dejan ver un aspecto que muy pocos historiadores del urbanismo han resaltado de esa forma: como elemento originador de ese o aquel asentamiento humano. Me refiero al culto propiamente religioso.

Es importante subrayar que es una percepción “fáctica”, de hecho, algo que se ha presentado ante sus ojos, en cada caso de la manera que señala a lo largo de estas páginas. Es importante porque no puede considerarse que sustituye una “alienación” en una ideología economicista –por ejemplo– en otra “alienación” a otra

ideología. El suyo puro empirismo. Otra cosa es que la formación humanística del autor le permita saber que eso es “verosímil”, algo que podía suponerse asimismo como hipótesis.

En unos casos, se refiere a ciudades que podríamos llamar “santas” en su origen y desarrollo. Tal vez sea el caso de Lourdes el más claro de los ejemplos. Pero, en realidad, se han dado asentamientos así durante siglos y aun milenios: el hecho de que algún fenómeno que se haya considerado “sobrenatural” y relevante para vivir de un modo concreto, ha inducido a vivir “ahí”, en ese lugar. Que vivir exige comer y muchas otras actividades que no son “cultuales” es obvio. La pequeña armada que llevó a un puñado de españoles a conquistar la isla de Gran Canaria –por citar uno de los pocos ejemplos que he estudiado yo mismo– iba con la finalidad explícita –escrita– de fundar una ciudad de realengo, y la reina quiso, además, que fuera en ella el obispo nombrado para aquel archipiélago. Vivía en Sevilla precisamente porque no había una ciudad en las Canarias donde pudieran asentarse las autoridades civil y eclesiástica. Llegaron, fundaron la ciudad de Las Palmas –con esa característica muy concreta: de realengo, o sea dependiente directamente del rey y sus delegados directos, sin crear ningún lugar de señorío– y debieron construir una iglesia que sirviera de catedral. Tenían que comer y –probablemente– que dar de comer y desarrollar allí una ciudad duradera; así que pensaron que podían cubrir sus necesidades y sus deseos creando plantaciones, como se había hecho en otras islas. ¿Qué finalidad primó ahí?, ¿la económica, o sea las plantaciones de plátanos que podían venderse bien (y fracasaron, por cierto), o la de que fuera un realengo y tuviera obispo? Los plátanos no nos sacan de duda; porque, en cualquier caso, los nuevos pobladores necesitaban producir algo que intercambiar. Lo que llama la atención es que quisieran fundar una ciudad precisamente de realengo y con obispo. Ahora recuerden que las primeras islas Canarias conquistadas

fueron las más pequeñas y que, en ellas, se había establecido un régimen señorial; que los conquistadores se encontraron con que los guanches eran cristianos; un grupo de franciscanos los había evangelizado antes de que aquellos llegaran. Las *Partidas* de Alfonso X prohibían someter a servidumbre a los cristianos y hete aquí que aquellos señores de las islas pequeñas habían traficado con guanches. Por otra parte, está documentado ampliamente que el obispo que iba en la flota recorrió los puertos españoles del Mediterráneo rescatando a todos los guanches que pudo encontrar sometidos a esclavitud. Jurídicamente, no habían podido defenderse de la codicia de los señores de esas islas porque, como tales, eran también sus jueces inmediatos— ¿Para qué se creó, pues, la ciudad de Las Palmas?, ¿para organizar plantaciones de plátanos y sacar provecho de ello o para acabar con la esclavitud de los guanches por medio de una autoridad civil y la eclesiástica que no dependieran de aquellos señores de las islas pequeñas, sino al revés, estos de ellas?

Pues bien, los historiadores han repetido muchas veces que aquello se creó para la producción de plátanos. Probablemente, no fue así. Pero quede claro que entender que Las Palmas debió nacer con otro fin no nos puede llevar a sustituir un reduccionismo por otro; equivale a estudiar caso a caso con documentos, planos y, si es posible, conocimiento directo del lugar y reflexionar sobre ello para sacar, libremente, conclusiones. Pues bien, esto es lo que ha hecho Vicente Bielza durante más de medio siglo y da lugar a este libro como síntesis de la investigación de una vida entera.

La relevancia de su hallazgo —la frecuencia con que la historia de cada una de las ciudades principales del mundo late, de facto, en un motivo religioso, en este caso, la moral cristiana— no excluye todo lo demás: la necesidad de cubrir las necesidades de quienes se avecinan allí, la organización de la convivencia, el carácter complementario de mujeres y hombres y la fertilidad de la unión

carnal y un larguísimo etcétera. Porque todos y cada uno de esos “etcétera” respondió a condiciones espaciales –urbanas y extraurbanas– que lo hicieran posible.

El fondo rigurosamente humanístico que subyace en este libro aún se valora más al saber que, el geógrafo que es, Vicente Bielza, es conocido especialmente, a escala internacional, como experto en “ordenación del territorio” y que ha sido consejero de Cultura del gobierno de Aragón durante años. Que se haya dedicado durante años a la política cultural y sea la ordenación del territorio lo que concreta más aquello en lo que es especialista, quiere decir que esa política ha nutrido también sus conocimientos al tiempo en que estos le permitían tomar decisiones de gobierno.

Me hace el honor de convertirme en prologuista porque fuimos compañeros de curso en aquella carrera omniabarcante que se denominaba “Filosofía y Letras” y nos entendimos muy bien; nos hicimos muy amigos. Mantuvimos la amistad en el medio siglo siguiente y, aunque nos alejara la distancia, la relación no se rompió. Además, no podía romperse, porque él fundó una ciudad con una guapa joven de mi pueblo que nació en una familia muy ligada a la mía materna.

Digo que fundó una ciudad porque verán que, en este libro, se habla de “monasterios” que desarrollaron, en el espacio, un verdadero urbanismo, y eso hasta el extremo de que llegaron muchos de ellos a ser gérmenes de ciudades. Ahora bien, ese tipo de monasterios convivió en la Península Ibérica con docenas y docenas de “monasteriolos”, llamados así en latín alguna que otra vez. Desde Cataluña a Galicia, abundaron principalmente entre el siglo IX y el XI y, con frecuencia, eran originariamente familias cuyos bienes inmuebles trocaban ellas mismas en patrimonios de la comunidad monacal; comunidad que pasaba a constituir esa misma familia. Bastaba que unos pocos –incluso solo dos o tres– profesaran in situ como monjes o monjas y el resto se quedaba al servicio del

monasterio, incluido el patrimonio, que –atención– pasaba de esa forma a ser amortizado y, por tanto, intangible.

El asunto es tan sugestivo que me obligaría a extenderme demasiado y, además, no podría pasar de conjeturas. Si lo traigo a cuento es porque formar una familia no es tan ajeno, ya lo ven, a fundar una ciudad, por diminuta que sea. Y las razones para formar una familia suelen consistir asimismo en un complejo de motivos que no permite reducciones, pero en la base del cual, con frecuencia, están las razones más sublimes y dignas que cabe esperar de los seres humanos.